

JACQUES Y RAÏSSA, UNA PAREJA BUSCANDO A DIOS

Jacqueline Saintard Vera *

La presente reflexión fue preparada para un seminario de formación política y recoge un testimonio humano de la experiencia de amor, de vida, de fe y de compromiso de Raïssa y Jacques Maritain.

Esta oportunidad resultó ser una fascinante invitación, porque me permitió adentrarme en aspectos para mí poco explorados de la vida de Maritain; más allá de su pensamiento formal, me permitió conocer su vida personal, familiar, su matrimonio, su conversión al cristianismo y a la fe católica, lo que dio paso a su gran obra posterior.

También me permitió conocer la vida personal y familiar de Raïssa Oumansoff, la riqueza de su pensamiento y la búsqueda insaciable de la fe. Una mujer de gran vida interior que potenció decididamente el pensamiento de Jacques Maritain, y de quien no tuve, hasta ahora, más que un conocimiento tangencial, a través de menciones del propio Maritain y referencias en alguna de sus obras.

Ella nace en 1883 en Rusia, en Rostoff, una ciudad a orillas del río Don. Más tarde se trasladan a una pequeña ciudad a orillas del Mar, que se llama Marioupol, donde nace su hermana Vera, dos años y medio menor. De esa época son los primeros recuerdos de infancia de Raïssa, relatados en su libro *Las Grandes Amistades*.

Su abuelo materno, un piadoso y místico; su madre, poco instruida, pues en esa época no existía la costumbre de hacer estudiar a las mujeres.

Gente bondadosa y afectuosa, una familia de medianos recursos y de amplia hospitalidad con los amigos.

Su madre observaba los principales ritos judíos, no así su padre.

De la Rusia ortodoxa, Raïssa retiene pocas imágenes, pues sus padres decidieron emigrar cuando ella tenía diez años, debido a la naciente reacción antisemita en Rusia.

Se establecieron en París, después de viajar separados y vivir angustias y privaciones, hasta que la familia volvió a reunirse. Se asentaron después de un tiempo, pues ella recuerda los

* Economista, Ingeniero Comercial, exsubsecretaria, dirigente del Partido Demócrata Cristiano de Chile. Intervención publicada en el N°409 de la Revista Política y Espíritu el mes de junio 1996.

inicios de su vida en París, en situación de pobreza, respecto de la comodidad de que gozaban en Rusia. Con el tiempo su padre volvió a establecerse rehaciendo la actividad textil que realizaba en Rusia.

Raïssa se dedicó con ahínco a sus estudios junto a su hermana Vera, con quien fueron inseparables toda la vida. Estudiosa, aplicada, la mejor del curso, se abrió al conocimiento, y nació en la escuela su amor por la poesía y la literatura.

Ella recuerda que a los catorce años comenzó a hacerse preguntas respecto de Dios. De esa edad evoca el siguiente raciocinio: “Si Dios existe es infinitamente bueno y poderoso, pero si es bueno ¿por qué permite el sufrimiento? Y si es todo poderoso ¿por qué tolera a los malvados? Entonces, no es ni todopoderoso, ni infinitamente bueno; luego, no existe.

Sus padres habían abandonado casi todas sus prácticas religiosas, aunque conservaban su fe en Dios y sólo por este hecho confiaban en la fe de sus hijas, por lo tanto no eran de una gran ayuda en esta desesperanza de Raïssa.

A los quince años terminó la escuela e inició el bachillerato. Allí comenzó su período de las grandes lecturas y de las grandes discusiones. Conoció a los autores rusos y franceses del siglo XIX, se acercó a la música, a la ciencia, a la filosofía. En el ambiente intelectual en que vivía se creía que todo dependía de los descubrimientos de las ciencias naturales y físicas.

Ella mantenía un sentimiento de espera que convertía sus creencias en provisorias y se hacía creciente su inquietud por encontrar una verdad a qué adherir.

A los diecisiete años entró a la Universidad de La Sorbonne, en los años que precedieron a la 1° guerra mundial. Se inscribió en la facultad de ciencias, estudió botánica, fisiología y embriología. Sus profesores de La Sorbonne condenaban toda actividad de la inteligencia, que ansía ir más allá de la simple constatación empírica de los hechos, y ella quería conocer a esta misma naturaleza de otro modo, en sus causas, en su esencia, en su fin.

Relata que permanecía en un estado de desazón y un día, “al salir con tristeza de un curso de fisiología vegetal, vi acercarse a mí a un joven de rostro suave, de cabellos rubios abundantes, de barba ligera, de andar un poco inclinado. Se presentó, me dijo que estaba formando un comité de estudiantes para suscitar un movimiento de protesta entre los escritores y universitarios franceses, contra los malos tratos de que eran víctimas los estudiantes socialistas rusos en su propio país. Y me pidió mi nombre para dicho comité. He ahí mi primer encuentro con Jacques Maritain”.

Dice después: Muy pronto nos hicimos inseparables. Jacques era licenciado en filosofía, pero preparaba también una licenciatura en ciencias y frecuentaba los mismos cursos míos”. Después de clases la acompañaba a casa, sus conversaciones eran interminables. Sentían que debían pensar juntos el universo entero, el sentido de la vida, la suerte de los hombres, la justicia, la injusticia de las sociedades. Leían, comentaban, iban a conciertos,

visitaban los museos de pintura, sentían que el tiempo se iba con indecible rapidez, no podían perderlo en las banalidades de la vida.

Así expresa Raïssa su naciente relación con Maritain: “Por primera vez podía hablar de mi misma, salir de mis reflexiones silenciosas, para comunicarlas, dar a conocer mis tormentos. Por primera vez encontraba a alguien que a primera vista me inspirara confianza absoluta, alguien que no me decepcionaría jamás, alguien con quien nos entendíamos tan bien en todo”. Y continúa: “Jacques Maritain tenía las mismas preocupaciones mías, idénticos problemas le inquietaban y todo su ser estaba animado del mismo deseo de verdad. Pero tenía más madurez que yo, más ciencia y más experiencia, y más genio, sobre todo. Se convirtió entonces en mi gran apoyo. En este tiempo su actividad interior era ya desbordante. Bondadoso, generoso y exento de todo prejuicio, parecía animado de un alma completamente nueva, que daba la impresión de dictarse ella misma su propia ley”.

“No conocía el respeto humano porque solo tenía el gran respeto de su conciencia. Poseía el don de ‘apasionar el debate’ sobre cualquier tema. Siempre estaba alerta para la iniciativa de una acción generosa, si la justicia o la verdad estaban por medio. Su cultura artística era también de un nivel muy elevado, enormemente favorecida por su sentido innato de la poesía y de la belleza plástica”. Me pareció que esta cita permite acercarse mejor a la relación de pareja que Raïssa y Jacques construían.

Ahora diré algo de la vida familiar de Jacques Maritain.

En sus tradiciones familiares -siendo nieto por su madre de Jules Favre- dominaban sobre todo el amor idealista al pueblo, el espíritu republicano y los combates políticos por la libertad. La historia de sus antepasados tenía profundos arraigos en la tradición católica de Francia. Sin embargo, su abuelo Jules Favre fue un racionalista del siglo XIX, importante intelectual de la Francia liberal y republicana, que en los últimos años de su vida adhirió al protestantismo liberal, habiéndose casado en segundas nupcias con una protestante convencida.

La madre de Maritain, Genoveva, hija del primer matrimonio de su abuelo, aunque hija de madre católica, creció en el protestantismo y desde entonces afirmó su oposición al catolicismo. Por eso Jacques, aunque hijo de padre católico, fue bautizado por un pastor protestante. El padre de Maritain era abogado, un burgués de vida tranquila que se admiraba que su hijo fuera filósofo. Murió poco antes de que Jacques y Raïssa se casaran.

Sus más grandes amigos de esa época en La Sorbonne fueron Ernest Pichari y Charles Peguy, y, aunque grandes intelectuales, no podían acompañar a Raïssa y Jacques en la resolución de sus cuestiones esenciales.

Continuaban juntos su investigación y su búsqueda de la verdad. Bogaban en las aguas de la observación y la comprobación empírica con un sentimiento de insatisfacción y de tristeza, que en el caso de Raïssa llegó a ser desolación.

Llevaban tres años en La Sorbonne y sentían que sus conocimientos científicos y filosóficos estaban minados en su base por el relativismo de los sabios y por el escepticismo de los filósofos. Sentían hambre y sed de verdad.

Raïssa llegó a creerse atea, pero siempre perduraba en ella esa pequeña esperanza, de encontrar el camino de la luz; la esperanza de descubrir el sentido de la vida donde aparecerían nuevos valores tan claros que arrancarían su adhesión total, liberándoles de la pesadilla de un mundo siniestro e inútil, sin sentido alguno.

Su primer acercamiento a la verdad que buscaban fue la filosofía de Henri Bergson. Él les abrió los horizontes sobre el universo de las cualidades, sobre la certeza espiritual, sobre la libertad y la conciencia de la persona.

Estando en este proceso, con su noviazgo ya de dos años, decidieron casarse sin esperar que Jacques terminara sus estudios. Tenían la certeza, desde aquel instante, de un entendimiento perfecto e irrevocable.

En 1904, Maritain se fue a vivir con la familia de Raïssa y, al poco tiempo, ella enfermó de mucha gravedad. Recuperó después de meses la salud, que para el resto de su vida fue muy precaria. Cuando ya Raïssa normalizó su vida, hicieron los preparativos para el matrimonio, que se realizó el 26 de noviembre de 1904. En esta etapa de sus vidas juntas iniciarán fuertemente su proceso de conversión.

Impresionados por la fuerza del libro “La mujer Pobre”, de León Bloy, a quien no conocían, sintieron por primera vez que estaban de cara al cristianismo. Esto motivó un intercambio epistolar que aumentó su motivación e interés por conocer a este hombre admirable.

Tanto Jacques como Raïssa y el propio León Bloy escribieron más tarde, refiriéndose a la ocasión en que se conocieron, el 25 de junio de 1905. Bloy vivamente interesado en este proceso de reflexión interior de estos dos jóvenes y ellos, por su parte, impactados por la pobreza, el amor a Dios y la heroica independencia de León Bloy. Se inició así una hermosa y fecunda amistad entre el matrimonio de Juana y León Bloy -que vivían con dos de sus hijas en una inestabilidad económica que, por periodos, era verdadera miseria- y estos dos jóvenes que en su búsqueda encontraron alimento espiritual que tanto ansiaban.

La lectura de las obras de este hombre fue determinante en sus vidas. “La salvación por los judíos”, “El mendigo ingrato” y sus largas conversaciones motivaban en ellos profundas reflexiones.

Descubrieron a San Pablo, conocieron la vida y el llamado de los Santos, hasta sentir con una viva fuerza que querían ser bautizados.

Tuvieron maravillosas y místicas experiencias de fe. En su obra “La salvación por los judíos” Bloy dice que los dos Testamentos se unen en la persona de Cristo, que el Antiguo

Testamento prefigura al Nuevo, que es su base, como el Nuevo Testamento es el cumplimiento y la coronación del antiguo.

Pue bien, en una ocasión en que Jacques y Raïssa fueron a conocer la Catedral de Chartres -una iglesia de la Edad Media a la que volvieron en varias oportunidades- descubrieron que en sus hermosos vitrales se ve a los cuatro profetas que llevan sobre sus hombros a los cuatro evangelistas. Todas las imágenes de esta catedral les decían lo leído en los escritos de León Bloy. Raïssa relata lo que les inspiraba la belleza de esta catedral: "(...) Y nos inclinábamos a creer que la unidad y armonía de tantas bellezas tan elevadas no podía tener otro fundamento que la unidad de la verdad"

En una oportunidad en que viajando en un tren, ella miraba los bosques tuvo el sentimiento de la presencia de Dios y lo describe así: "Súbitamente se operó en mí una cambio profundo, como si de la percepción de los sentidos hubiera pasado a una percepción completamente interior. Los árboles que huían se hicieron de pronto más grandes que sí mismos. Tomaron una dimensión prodigiosa en profundidad. Todo el bosque parecía estar hablando de otro, se convertían en un bosque de símbolos y daba la impresión de no tener otra función que la de designar al creador". Este sentimiento de la presencia de Dios, violento y fugaz, lo tiene también Jacques, que escribe más tarde en uno de sus libros, haciendo alusión a esta impresión tan vivamente sentida: "A la vista de una cosa cualquiera un alma sabrá en un instante que esas cosas no existen por sí mismas y que Dios existe".

Finalmente, fueron bautizados el 11 de junio de 1906, junto a Vera, la hermana de Raïssa, en la Basílica del Sacre Coeur, en Paris. Sus padrinos fueron León Bloy y su esposa Juana.

En el momento del bautismo de Raïssa, ella tenía solo una cosa clara en su espíritu, y pensaba: "O el bautismo me da fe y yo creeré y perteneceré a la Iglesia totalmente; o me iré inalterada, incrédula para siempre". Tales eran también, más o menos, los sentimientos de Maritain.

Luego viajan a Heidelberg y Raïssa enferma de gravedad. En ese periodo Jacques Maritain descubre que quiere filosofar con un sentido metafísico. Se reencuentra con Péguy, quien también está en proceso de conversión, que se ve dificultado por la reacción de su familia. También en los padres de Jacques y Raïssa se produjo un desconcierto por su decisión de abrazar la fe católica.

En fin, de lo mucho que pude aprender en estos días, me queda la percepción de un matrimonio vivido en plenitud, con una cierta visión de la vida y un alma muy religiosas, oscilante entre la contemplación y la acción. Al leer sus obras nos encontraremos con referencias de Jacques a Raïssa y de referencias de Raïssa sobre Jacques. También en obras de los que fueron sus amigos hay comentarios sobre ellos dos.

Su casa fue un centro de libre discusión, de mucha relación personal con un grupo de amigos dedicados a los problemas del mundo, con mucha fe y fervor, con cierto sentido de práctica de la fe. Sus miradas al mundo eran hacia adelante. No estaban encogidos en un beaterío.

De vivencia religiosa estricta, exigente, sin embargo dirigen al mundo de hoy una mirada vasta y abierta.

Don Jaime Castillo me dijo en una conversación que sostuvimos para que me ayudara a preparar este tema: “vivían su fe con una antorcha en su mano”.

Bueno, llego hasta aquí compartiendo con ustedes lo que fue mi conocimiento de pasajes de la vida de esta pareja buscando a Dios. Luego vendrá la vasta obra de Maritain, la vida de contemplación de Raïssa y el testimonio de un matrimonio que hace carne su pensamiento en estrecho vínculo con la acción y el compromiso.

Ellos afirman: “en lo que concierne a la vida espiritual, es de gran urgencia para nuestra época sacar la contemplación a la calle”.

Fueron personas comprometidas con su tiempo, que pusieron su pensamiento y testimonio al servicio de toda la humanidad. La comunión de su vida en pareja se palpa en toda su obra y se proyecta a nosotros de manera ejemplar. Esta comunión la expresa Maritain al escribir:

“La ayuda y la inspiración de mi querida Raïssa han penetrado toda mi vida y toda mi obra. Si algo bueno hay en lo que haya hecho, a ella se lo debo, después de Dios. La irradiación de su amor y la pureza fervorosa de su sabiduría, su fortaleza de alma, su sentido exquisito de lo verdadero y lo justo, la bendición de Dios sobre su oración y sus sufrimientos, han iluminado mis días.

